

AÑO 12

#13

VERANO 2025

REVISTA DE

POLITICAS SOCIALES



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE MORENO

El espacio vidriado: la importancia de un Estado presente

Paula L. BOVONE
paulabovone@hotmail.com
Graduada en la Licenciatura en
Comunicación Social - UNM

Mirta tenía 18 años cuando logró terminar su primer año de bachiller. Una vez aprobado ese curso, se dijo a sí misma: *“un escaloncito más”*. Aquello que siempre había deseado y veía inalcanzable, por fin estaba en marcha *“Y bueno, lo mismo me pasó con la universidad, ir pasando y cuando me sentí agobiada y casi casi doy el pasito al costado, y tener eso la red humana que te da la universidad, las compañeras y compañeros que te sostienen también es un valor. No se puede medir”*.

Son las once de la mañana del 23 de abril de 2024 en el campus de la Universidad Nacional de Moreno (UNM), donde Mirta se recibió de licenciada en Trabajo Social. Dentro de ese predio de 23 hectáreas, una estudiante sostiene un megáfono. Su voz aguda y metálica se amplifica a través del aparato para dar la orden de salida. Desde el segundo cordón del Conurbano bonaerense, parten unas 300 personas rumbo al Congreso.

A Mirta la universidad la puso en *“otro lugar social que creía inalcanzable porque, de hecho, yo sabía desde el 2012 al 2013 que la universidad estaba funcionando y no me animaba a dar el paso porque sentía que no me lo merecía”*. Y, a pesar de sus prejuicios, se graduó a los 54 años. No pudo marchar desde la UNM como hubiese querido, pero se sumó a la manifestación en la Av. de Mayo.

Para ella, las instituciones de nivel superior en el Conurbano le brindaron la posibilidad de formarse a muchos trabajadores, *“si esta universidad no hubiera estado acá, ni yo ni muchos hubiéramos podido concretar el sueño de ‘yo quiero estudiar’”*. La cercanía de las universidades con los hogares o lugares de trabajo —que permite reducir el tiempo y costo de traslado— es uno de los factores que posibilita el acceso a la universidad. Según un informe realizado por el Departamento de Estudios y Asistencia Técnica de la UNM, durante el ciclo lectivo 2023, el 54,6% de las personas inscriptas residía en el partido de Moreno. El resto, en su mayoría, provenía de zonas cercanas:

Merlo, Ituzaingó, General Rodríguez y Marcos Paz. Del total de inscriptos, un 40,2% trabajaba, mientras un 31,3% no tenía empleo pero se encontraba en búsqueda activa.

Por aquella propiedad de Av. Bartolomé Mitre al 1800, donde hoy se sitúa la UNM, sucedieron distintas historias de vida mucho antes de que se pensara en la creación de una universidad. Por sus pasillos y pabellones —hoy convertidos en aulas y oficinas— transitaban infantes judicializados. Héctor Rodríguez vivió allí desde 1942, cuando tenía apenas dos años, hasta 1947. Hasta su adolescencia llevó la etiqueta de huérfano cocida en la piel. A los cuatro años le preguntó a una celadora qué era una visita. No tuvo papá, ni salidas, ni nombre de pila. En el Riglos todos eran llamados únicamente por su apellido. Ya en otra institución se enteró de que tenía cuatro hermanos y a su padre vivo.

Tres décadas después del egreso de Héctor, un rumor envolvería ese lugar durante años. Fabián, vecino de la UNM, cuenta que durante mucho tiempo, entre los morenenses, *“se comentaba por lo bajo”* que en ese sitio se retenía a víctimas del terrorismo de Estado.

Desde 1944 hasta el año 2000, cuando dejó de funcionar, el Instituto Mercedes de Lasala y Riglos —más conocido como “el Riglos”— albergó a alrededor de 600 infantes por año. Entre ellos, a hijos e hijas de personas desaparecidas durante la última dictadura cívico militar (1976-1983). En *Tela de Juicio: Debates en torno a las prácticas sociales genocidas*, libro elaborado por el Equipo de Asistencia Sociológica a las Querellas (EASQ), se sostiene que fueron numerosos los casos en que los infantes fueron ingresados por sus apropiadores en diferentes instituciones como *“niños abandonados sin identificación”*. Fue el caso de Nicolás Marcos Konkurat, quien, con dos años, fue secuestrado junto a su hermano Sebastián de una guardería el 3 de diciembre de 1976 por miembros de un Grupo de Tareas de la ESMA. Tres días después, ambos

fueron llevados al Riglos. Gracias a la foto publicada en una nota periodística que hacía referencia a *“dos niños abandonados”*, su abuela, Graciela Murúa, pudo recuperar a sus nietos.

El rumor que circulaba entre los vecinos del ex Riglos fue confirmado en 2018, gracias a una investigación realizada por un equipo de estudiantes y docentes de la Escuela de Educación Secundaria N° 35 de Moreno, en conjunto con los integrantes de Moreno por la Memoria. A raíz de ese trabajo, hoy en la UNM se encuentra instalado un sitio de memoria.

Mirta no vivió aquella época oscura del instituto. Ingresó al Riglos cuando tenía 4 o 5 años, entre 1969 y 1970 –no lo recuerda con certeza– y permaneció allí hasta 1973. Su familia, compuesta por sus padres y seis hermanos, vivía en una casa prefabricada de tres ambientes, *“con el baño afuera”*, en un barrio pobre de González Catán. Desde allí partió junto a su mamá y a uno de sus hermanos, apenas un año menor, rumbo al instituto de menores en Moreno. El viaje en tren fue extraño. Su hermanito presentía que algo no estaba bien, de alguna manera sabía que los iban a alejar de su hogar. Lloraba y se arrastraba tratando de impedirlo. De los nervios, vomitó durante todo el trayecto. Antes de ese

traslado, Mirta recuerda haber visto movimientos inusuales en su casa, papeles que circulaban: *“Nosotros fuimos una sola vez a un juzgado. Creo que fue en Lomas de Zamora, y después me acuerdo del tren viniendo para acá (el Riglos) con mi hermano. No sé cómo, pero él sabía que nos iban a dejar”*.

Mirta conserva recuerdos difusos de la casa de su infancia. Recuerda jugar en el patio y también la huerta que cultivaba su padre, trabajador metalúrgico. Y, de repente, *“comenzaron a andar mal las cosas entre ellos (sus padres). Mi papá comenzó a no trabajar y mi...”*, hace una pausa, se queda pensando y continúa: *“Bueno, discutían mucho, supongo que sería por lo económico”*. Entre esas imágenes borrosas de su memoria infantil, recuerda que su mamá la llevó, junto con sus hermanos más chicos, a la casa de su abuela materna. Su papá desaparece, y la familia se queda sin dinero. Por sugerencia de su abuela, Mirta y su hermano Julio son dejados al cuidado del instituto Riglos.

No recuerda cómo llegaron desde la estación de tren hasta el Riglos. Todo se vuelve confuso. Es como si hubieran aparecido de repente, *“volando”*, en esa parte vidriada del hall central: su hermano llorando,



aferrado con brazos y piernas a su mamá, y ella, rígida, con la mandíbula apretada, *“parada firme como una estatua”*. A partir de ese momento, y durante mucho tiempo, Mirta odiará profundamente a su abuela.

Al cumplir 8 años, Mirta es trasladada al Centro Boado Garrigós, en la Ciudad de Buenos Aires. Allí, todas las niñas vestían igual, solo se diferenciaban por un detalle cocido en la ropa: *“Allá eras un número, un ente. 42 era yo, ponelo (...) Acá (en el Riglos) por lo menos tu apellido te decían”*. En 1977, Mirta es trasladada nuevamente, esta vez al Instituto Santa María Teresa Goretti, en La Plata. Allí termina séptimo grado, pero antes de egresar sucederá algo que impedirá su deseo de ser médica.

Es octubre de 1979. Está sentada a la mesa, en medio de un ataque de risa, cuando Ana, la celadora, sin mediar palabra, le dedica un cachetazo *“con toda su gana y furia”*. El brazo de la mujer toma impulso para darle un segundo golpe, al grito de *“¡Te estabas burlando de mí!”*, cuando Mirta se para y comienza a pegarle. *“Me acuerdo de que ella era gordita”*, dice, y tal vez por eso siente que sus puños se le hunden en la panza. *“Le di piñas”* —agrega en voz baja—, *“pero con una furia me pegó ella, y yo se la devolví”*. La directora, una monja, escucha los ruidos y detiene a Mirta de un sopapo. *“Ella sí me hizo ¡pac!”* —dice, mientras imita el gesto de un cachetazo— *“y me quedé en el molde”*. A fin de año, su madre debe retirarla por *“conducta inaceptable”*. Para ese entonces, Mirta tenía entre 13 y 14 años, medía un metro cincuenta (su estatura actual) y ya había sufrido muchos golpes en su infancia, tanto en su casa como en otros institutos, aunque esa fue la primera vez que se defendió.

Cuando la echan del hogar, siente que le *“cortan las piernas”*, porque eso le impedía continuar con sus estudios. Su mamá le consigue un trabajo *“con cama adentro”*, pero no le permiten asistir a la escuela nocturna. Su deseo de estudiar era tan grande que, aun así, decide tomar clases de inglés tres veces por semana. Los honorarios del profesor le consumían todo el sueldo. A los 18 años ingresa en el liceo, a los 19 conoce a José, padre de sus tres hijos. Seis meses después renuncia a su trabajo y se va a vivir con él. Cuando solo le faltaban unos meses para terminar quinto año del secundario, nace su primer hijo. El estudio se pone en pausa por tercera —o quizás cuarta— vez. A los 26 años termina el secundario. A partir de allí transcurren un intento fallido de ingresar

a la universidad, el nacimiento de dos hijos más y la obtención de un título de técnica en mecánica dental. Aquel sueño de ser médica había quedado lejos, pero nunca el de seguir estudiando.

En el 2012, regresó por primera vez al Riglos, esta vez en busca de trabajo. En la entrada del predio había un puesto de la municipalidad, pero las ofertas laborales eran solo para los habitantes de Moreno. Entonces decidió ingresar al predio. Encaró por ese camino de cemento de 150 metros de extensión, y: *“Cuando vi el edificio vidriado (...) cuando vi eso y vi el lugar tan... ¡lindo! Como entonces, (...) y se lo agradecí a mi abuela con todo el corazón”*. Preguntó si podía visitar el lugar y la acompañaron a recorrer el pabellón de las niñas, que aún conservaba su estado original. Lo veía todo pequeño: los dormitorios, las bañaderas, mientras los recuerdos la abrazaban. Una noche, una travesura con otras internas, una caja de fósforos, una fogata en medio del salón y una serena que, al ver el fuego, les dio un *“sopapo”*. Durante esa avalancha de recuerdos, no lloró. Sin embargo, cuando comenzó a cursar, en cada entrada, cada mañana y durante varios meses: *“Era el nudo acá”* —señala entre el pecho y la garganta— *“era una angustia...”*. Hace una pausa, inhala con fuerza, y continúa: *“Y ahí sí me acuerdo... que yo te dije antes que no sabía cómo había llegado adentro, a lo vidriado. Sí. Después me acordé de la caminata con mi vieja y... entonces me daba un nudo todas las mañanas”*.

Para Mirta, la intervención del Estado fue fundamental: *“Lo que siempre siento y agradezco es que me salvó la institución. Que a mí me crio el Estado. Y ese Estado, no está presente hoy”*.

De acuerdo con la Asociación Civil por la Igualdad y la Justicia (ACIJ) el gasto en políticas públicas —en 2024— fue de un 26,8% más bajo que el año anterior. Las universidades públicas no son una excepción y atraviesan una situación crítica. Según otro informe realizado en abril de 2024 por ACIJ, el presupuesto asignado al Programa Desarrollo de la Educación Superior fue un 72% más bajo que en 2023.

En este contexto, la lucha por mantener el *“espacio vidriado”*, así como el resto de las casas de altos estudios, se traduce en una necesidad. Al menos lo fue para Mirta, quien pudo estudiar gracias a un Estado que estuvo presente.